

III

Estupiñá.

I

En la tienda de Arnáiz, junto á la reja que da á la calle de San Cristóbal, hay actualmente tres sillas de madera curva de Viena, las cuales sucedieron hace años á un banco sin respaldo forrado de hule negro, y este banco tuvo por antecesor á un arcón ó caja vacía. Aquella era la sede de la inmemorial tertulia de la casa. No había tienda sin tertulia, como no podía haberla sin mostrador y santo tutelar. Era esto un servicio suplementario que el comercio prestaba á la sociedad en tiempos en que no existían casinos, pues aunque había sociedades secretas y clubs y cafés más ó menos patrióticos, la gran mayoría de los ciudadanos pacíficos no iba á ellos, prefiriendo charlar en las tiendas. Barbarita tiene aún reminiscencias vagas de la tertulia en los tiempos de su niñez. Iba un fraile muy flaco que era el padre Alelí, un señor pequeñito con anteojos, que era el papá de Isabel, algunos militares y otros tipos que se confundían en su mente con las figuras de los dos mandarines.

Y no sólo se hablaba de asuntos políticos y

de la guerra civil, sino de cosas del comercio. Recuerda la señora haber oído algo acerca de los primeros fósforos ó mixtos, que vinieron al mercado, y aun haberlos vistos. Era como una botellita en la cual se metía la cerilla, y salía echando lumbré. También oyó hablar de las primeras alfombras de moqueta, de los primeros colchones de muelles y de los primeros ferrocarriles, que alguno de los tertulios había visto en el extranjero, pues aquí ni asomos de ellos había todavía. Algo se apuntó allí sobre el billete de Banco, que en Madrid no fué papel-moneda corriente hasta algunos años después, y sólo se usaba entonces para los pagos fuertes de la banca. Doña Bárbara se acuerda de haber visto el primer billete que llevaron á la tienda como un objeto de curiosidad, y todos convinieron en que era mejor una onza. El gas fué muy posterior á esto.

La tienda se transformaba; pero la tertulia era siempre la misma en el curso lento de los años. Unos habladores se iban y venían otros. No sabemos á qué época fija se referirían estos párrafos sueltos que al vuelo cogía Barbarita cuando, ya casada, entraba en la tienda á descansar un ratito, de vuelta de paseo ó de compras: «¡Qué hermosotes iban esta mañana los del *tercero de fusileros* con sus pompones nuevos!»... «El Duque ha oído misa hoy en las Calatravas. Iba con Linaje y con San Miguel»...

«¿Sabe usted, Estupiñá, lo que dicen ahora? Pues dicen que los ingleses proyectan construir barcos de fierro.»

El llamado Estupiñá debía de ser indispensable en todas las tertulias de tiendas, porque cuando no iba á la de Arnáiz, todo se volvía preguntar: «Y Plácido, ¿qué es de él?» Cuando entraba le recibían con exclamaciones de alegría, pues con su sola presencia animaba la conversación. En 1871 conoci á este hombre, que fundaba su vanidad en *haber visto toda la historia de España* en el presente siglo. Había venido al mundo en 1803, y se llamaba hermano de fecha de Mesonero Romanos, por haber nacido, como éste, el 19 de Julio del citado año. Una sola frase suya probará su inmenso saber en esa historia viva que se aprende con los ojos: «Vi á José I como le estoy viendo á usted ahora.» Y parecía que se relamía de gusto cuando le preguntaban: «¿Vió usted al duque de Angulema, á lord Wellington?...» «Pues ya lo creo.» Su contestación era siempre la misma: «Como le estoy viendo á usted.» Hasta llegaba á incomodarse cuando se le interrogaba en tono dubitativo. «¡Que si vi entrar á María Cristina!... Hombre, si eso es de ayer...» Para completar su erudición ocular, hablaba del *aspecto que presentaba Madrid* el 1.º de Septiembre de 1840, como si fuera cosa de la semana pasada. Había visto morir á Canterac; ajusticiar á Merino, «nada menos que

sobre el propio patíbulo», por ser él hermano de la Paz y Caridad; había visto matar á Chico... precisamente ver no, pero oyó los tiritos, hallándose en la calle de las Velas; había visto á Fernando VII el 7 de Julio cuando salió al balcón á decir á los milicianos que *sacudieran* á los de la Guardia; había visto á Rodil y al sargento García arengando desde otro balcón, el año 36; había visto á O'Donnell y Espartero abrazándose; á Espartero solo saludando al pueblo, á O'Donnell solo, todo esto en un balcón; y por fin, en un balcón había visto también en fecha cercana á otro personaje diciendo á gritos que se habían acabado los Reyes. La historia que Estupiñá sabía estaba escrita en los balcones.

La biografía mercantil de este hombre es tan curiosa como sencilla. Era muy joven cuando entró de hortera en casa de Arnáiz, y allí sirvió muchos años, siempre bien quisto del principal por su honradez acrisolada y el grandísimo interés con que miraba todo lo concerniente al establecimiento. Y á pesar de tales prendas, Estupiñá no era un buen dependiente. Al despachar, entretenía demasiado á los parroquianos, y si le mandaban con un recado ó comisión á la Aduana, tardaba tanto en volver, que muchas veces creyó D. Bonifacio que le habían llevado preso. La singularidad de que teniendo Plácido estas mañas, no pudieran los dueños de la tienda prescindir de él, se explica por la ciega con-

fianza que inspiraba, pues estando él al cuidado de la tienda y de la caja, ya podían Arnáiz y su familia echarse á dormir. Era su fidelidad tan grande como su humildad, pues ya le podían reñir y decirle cuantas perrerías quisieran sin que se incomodase. Por esto sintió mucho Arnáiz que Estupiñá dejara la casa en 1837, cuando se le antojó establecerse con los dineros de una pequeña herencia. Su principal, que le conocía bien, hacía lúgubres profecías del porvenir comercial de Plácido trabajando por su cuenta.

Prometíaselas él muy felices en la tienda de bayetas y paños del Reino que estableció en la Plaza Mayor, junto á la Panadería. No puso dependientes, porque la cortedad del negocio no lo consentía; pero su tertulia fué la más animada y dicharachera de todo el barrio. Y ved aquí el secreto de lo poco que dió de sí el establecimiento, y la justificación de los vaticinios de D. Bonifacio. Estupiñá tenía un vicio hereditario y crónico, contra el cual eran impotentes todas las demás energías de su alma, vicio tanto más avasallador y terrible cuanto más inofensivo parecía. No era la bebida, no era el amor, ni el juego ni el lujo; era la conversación. Por un rato de palique era Estupiñá capaz de dejar que se llevaran los demonios el mejor negocio del mundo. Como él pegase la hebra con gana, ya podía venirse el cielo abajo, y antes le cortaran la lengua que la hebra. A su tienda

iban los habladores más frenéticos, porque el vicio llama al vicio. Si en lo más sabroso de su charla entraba alguien á comprar, Estupiñá le ponía la cara que se pone á los que van á dar sablazos. Si el género pedido estaba sobre el mostrador, lo enseñaba con gesto rápido, deseando que acabase pronto la interrupción; pero si estaba en lo alto de la anaquelera, echaba hacia arriba una mirada de fatiga, como el que pide á Dios paciencia, diciendo: «¿Bayeta amarilla? Mírela usted. Me parece que es angosta para lo que usted la quiere.» Otras veces dudaba ó aparentaba dudar si tenía lo que le pedían. «¿Gorritas para niño? ¿Las quiere usted de visera de hule?... Sospecho que hay algunas, pero son de esas que no se usan ya.»

Si estaba jugando al tute ó al mus, únicos juegos que sabía y en los que era maestro, primero se hundía el mundo que apartar él su atención de las cartas. Era tan fuerte el ansia de charla y de trato social, se lo pedía el cuerpo y el alma con tal vehemencia, que si no iban habladores á la tienda no podía resistir la comezón del vicio; echaba la llave, se la metía en el bolsillo y se iba á otra tienda en busca de aquel licor palabrero con que se embriagaba. Por Navidad, cuando se empezaban á armar los puestos de la Plaza, el pobre tendero no tenía valor para estarse metido en aquel cuchitril obscuro. El sonido de la voz humana, la luz y el

rumor de la calle eran necesarios á su existencia como el aire. Cerraba y se iba á dar conversaci3n á las mujeres de los puestos. Á todas las conocía, y se enteraba de lo que iban á vender y de cuanto ocurriera en la familia de cada una de ellas. Pertenecía, pues, Estupiñá á aquella raza de tenderos, de la cual quedan aún muy pocos ejemplares, cuyo papel en el mundo comercial parece ser la atenuaci3n de los males causados por los excesos de la oferta impertinente, y disuadir al consumidor de la malsana inclinaci3n á gastar el dinero. «D. Plácido, ¿tiene usted pana azul?»—«¡Pana azul! ¿y qui3n te mete á ti en esos lujos? Sí que la tengo; pero es cara para ti.»—«Enséñemela usted... y á ver si me la arregla»... Entonces hacía el hombre un desmedido esfuerzo, como quien sacrifica al deber sus sentimientos y gustos más queridos, y bajaba la pieza de tela. «Vaya, aquí está la pana. Si no la has de comprar, si todo es gana de moler, ¿para qué quieres verla? ¿Crees que yo no tengo nada que hacer?»—«¿No tiene usted una clase mejor?»—«Lo que dije; estas mujeres marean á Cristo. Hay otra clase, sí señora. ¿La compras, sí ó no? A veintidós reales, ni un cuarto menos.»—«Pero déjela ver... ¡ay qué hombre! ¿Cree que me voy á comer la pieza?»...—«A veintidós realetes.»—«¡Ande y que lo parta un rayo!»—«Que te parta á tí, mal criada, respondona, tarasca...»

Era muy fino con las señoras de alto copete. Su afabilidad tenía tonos como este: «¿La cúbica? Sí que la hay. ¿Ve usted la pieza allá arriba? Me parece, señora, que nó es lo que usted busca... digo, me parece; no es que yo me quiera meter... Ahora se estilan rayaditas: de eso no tengo. Espero una remesa para el mes que entra. Ayer vi á las niñas con el Sr. D. Cándido. Vaya, que están crecidas. ¿Y cómo sigue el señor Mayor? ¡No le he visto desde que íbamos juntos á la bóveda de San Ginés!»... Con este sistema de vender, á los cuatro años de comercio se podían contar las personas que al cabo de la semana traspasaban el dintel de la tienda. A los seis años no entraban allí ni las moscas. Estupiñá abría todas las mañanas, barría y regaba la acera, se ponía los manguitos verdes y se sentaba detrás del mostrador á leer el *Diario de Avisos*. Poco á poco iban llegando los amigos, aquellos hermanos de su alma, que en la soledad en que Plácido estaba le parecían algo como la paloma del arca, pues le traían en el pico algo más que un ramo de oliva: le traían la palabra, el sabrosísimo fruto y la flor de la vida, el alcohol del alma con que apacentaba su vicio... Pasábanse el día entero contando anécdotas, comentando sucesos políticos, tratando de tú á Mendizábal, á Calatrava, á María Cristina y al mismo Dios, trazando con el dedo planes de campaña sobre el mostrador en extravagantes líneas tácticas;

demostrando que Espartero debía ir necesariamente por aquí y Villarreal por allá; refiriendo también sucedidos del comercio, llegadas de tal ó cual género; lances de Iglesia y de milicia y de mujeres y de la corte, con todo lo demás que cae bajo el dominio de la bachillería humana. A todas éstas el cajón del dinero no se abría ni una sola vez, y á la vara de medir, sumida en plácida quietud, le faltaba poco para reverdecer y echar flores como la vara de San José. Y como pasaban meses y meses sin que se renovase el género, y allí no había más que maulas y veje-ces, el trueno fué gordo y repentino. Un día le embargaron todo, y Estupiñá salió de la tienda con tanta pena como dignidad.

II

Aquel gran filósofo no se entregó á la desesperación. Viéronle sus amigos tranquilo y resignado. En su aspecto y en el reposo de su semblante había algo de Sócrates, admitiendo que Sócrates fuera hombre dispuesto á estarse siete horas seguidas con la palabra en la boca. Plácido había salvado el honor, que era lo importante, pagando religiosamente á todo el mundo con las existencias. Se había quedado con lo puesto y sin una mota. No salvó más mueble que la vara de medir. Era forzoso, pues,

buscar algún modo de ganarse la vida. ¿A qué se dedicaría? ¿En qué ramo del comercio emplearía sus grandes dotes? Dándose á pensar en esto, vino á descubrir que en medio de su gran pobreza conservaba un capital que seguramente le envidiarían muchos: las relaciones. Conocía á cuantos almacenistas y tenderos había en Madrid; todas las puertas se le franqueaban, y en todas partes le ponían buena cara por su honradez, sus buenas maneras y principalmente por aquella bendita labia que Dios le había dado. Sus relaciones y estas aptitudes le sugirieron, pues, la idea de dedicarse á corredor de géneros. Don Baldomero Santa Cruz, el gordo Arnáiz, Bringas, Moreno, Labiano y otros almacenistas de paños, lienzos ó novedades, le daban piezas para que las fuera enseñando de tienda en tienda. Ganaba el 2 por 100 de comisión por lo que vendía. ¡María Santísima, qué vida más deliciosa y qué bien hizo en adoptarla; porque cosa más adecuada á su temperamento no se podía imaginar! Aquel correr continuo, aquel entrar por diversas puertas, aquel saludar en la calle á cincuenta personas y preguntarles por la familia era su vida, y todo lo demás era muerte. Plácido no había nacido para el presidio de una tienda. Su elemento era la calle, el aire libre, la discusión, la contratación, el recado, ir y venir, preguntar, cuestionar, pasando gallardamente de la seriedad á la broma. Había mañana en que

se echaba al colete toda la calle de Toledo de punta á punta, y la Concepción Jerónima, Atocha y Carretas.

Así pasaron algunos años. Como sus necesidades eran muy cortas, pues no tenía familia que mantener ni ningún vicio, como no fuera el de gastar saliva, bastábale para vivir lo poco que el corretaje le daba. Además, muchos comerciantes ricos le protegían. Este, á lo mejor, le regalaba una capa; otro un corte de vestido; aquél un sombrero ó bien comestibles y golosinas. Familias de las más empingorotadas del comercio le sentaban á su mesa, no sólo por amistad sino por egoismo, pues era una diversión oírle contar tan diversas cosas con aquella exactitud pintoresca y aquel esmero de detalles que encantaba. Dos caracteres principales tenía su entretenida charla, y eran: que nunca se declaraba ignorante de cosa alguna, y que jamás habló mal de nadie. Si por acaso se dejaba decir alguna palabra ofensiva, era contra la Aduana, pero sin individualizar sus acusaciones.

Porque Estupiñá, al mismo tiempo que corredor, era contrabandista. Las piezas de Hamburgo de 26 hilos que pasó por el portillo de Gili-món, valiéndose de ingeniosas mañas, no son para contadas. No había otro como él para atravesar de noche ciertas calles con un bulto bajo la capa, figurándose mendigo con un niño á cuestas. Ninguno como él poseía el arte de des-

lizar un duro en la mano del empleado fiscal, en momentos de peligro, y se entendía con ellos tan bien para este fregado, que las principales casas acudían á él para desatar sus líos con la Hacienda. No hay medio de escribir en el Decálogo los delitos fiscales. La moral del pueblo se rebelaba, más entorces que ahora, á considerar las defraudaciones á la Hacienda como verdaderos pecados, y conforme con este criterio, Estupiñá no sentía alboroto en su conciencia cuando ponía feliz remate á una de aquellas empresas. Según él, lo que la Hacienda llama suyo no es suyo, sino de la nación, es decir, de Juan Particular, y burlar á la Hacienda es devolver á Juan Particular lo que le pertenece. Esta idea, sustentada por el pueblo con turbulenta fe, ha tenido también sus héroes y sus mártires. Plácido la profesaba con no menos entusiasmo que cualquier caballista andaluz, sólo que era de infantería, y además no quitaba la vida á nadie. Su conciencia, envuelta en horrorosas nieblas tocante á lo fiscal, manifestábase pura y luminosa en lo referente á la propiedad privada. Era hombre que antes de guardar un ochavo que no fuese suyo se habría estado callado un mes.

Barbarita le quería mucho. Hábiale visto en su casa desde que tuvo el don de ver y apreciar las cosas; conocía bien, por opinión de su padre y por experiencia propia, las excelentes prendas y lealtad del hablador. Siendo niña, Estupiñá

la llevaba á la escuela de la rinconada de la calle Imperial, y por Navidad iba con él á ver los nacimientos y los puestos de la plaza de Santa Cruz. Cuando D. Bonifacio Arnáiz enfermó para morir, Plácido no se separó de él ni enfermo ni difunto hasta que le dejó en la sepultura. En todas las penas y alegrías de la casa era siempre el partícipe más sincero. Su posición junto á tan noble familia era entre amistad y servidumbre, pues si Barbarita le sentaba á su mesa muchos días, los más del año empleábale en recados y comisiones que él sabía desempeñar con exactitud suma. Ya iba á la plaza de la Cebada en busca de alguna hortaliza temprana, ya á la Cava Baja á entenderse con los ordinarios que traían encargos, ó bien á Maravillas, donde vivían la planchadora y la encajera de la casa. Tal ascendiente tenía la señora de Santa Cruz sobre aquella alma sencilla, y con fe tan ciega la respetaba y obedecía él, que si Barbarita le hubiera dicho: «Plácido, hazme el favor de tirarte por el balcón á la calle», el infeliz no habría vacilado un momento en hacerlo.

Andando los años, y cuando ya Estupiñá iba para viejo y no hacía corretaje ni contrabando, desempeñó en la casa de Santa Cruz un cargo muy delicado. Como era persona de tanta confianza y tan ciegamente adicto á la familia, Barbarita le confiaba á Juanito para que le llevase y le trajera al colegio de Massarnau, ó le saca-

ra á paseo los domingos y fiestas. Segura estaba la mamá de que la vigilancia de Plácido era como la de un padre, y bien sabía que se habría dejado matar cien veces antes que consentir que nadie tocase al *Delfín* (así le solía llamar) en la punta del cabello. Ya era éste un polluelo con ínfulas de hombre cuando Estupiñá le llevaba á los toros, iniciándole en los misterios del arte, que se preciaba de entender como buen madrileño. El niño y el viejo se entusiasmaban por igual en el bárbaro y pintoresco espectáculo, y á la salida Plácido le contaba sus proezas taurómacas, pues también, allá en su mocedad, había echado sus quiebros y pases de muleta, y tenía traje completo con lentejuelas, y toreaba novillos por lo fino, sin olvidar ninguna regla... Como Juanito le manifestara deseos de ver el traje, contestábale Plácido que hacía muchos años su hermana la sastra (que de Dios gozaba) lo había convertido en túnica de un Nazareno, que está en la iglesia de Daganzo de Abajo.

Fuera del platicar, Estupiñá no tenía ningún vicio, ni se juntó jamás con personas ordinarias y de baja estofa. Una sola vez en su vida tuvo que ver con gente de mala ralea, con motivo del bautizo del chico de un sobrino suyo, que estaba casado con una tablajera. Entonces le ocurrió un lance desagradable, del cual se acordó y avergonzó toda su vida; y fué que el pillete del sobrinito, confabulado con sus ami-

gotes, logró embriagarle, dándole subrepticamente un Chinchón capaz de marear á una piedra. Fué una borrachera estúpida, la primera y última de su vida; y el recuerdo de la degradación de aquella noche le entristecía siempre que repuntaba en su memoria. ¡Infames, burlar así á quien era la misma sobriedad! Me le hicieron beber con engaño evidente aquellas nefandas copas, y después no vacilaron en escarnecerle con tanta crueldad como grosería. Pidiéronle que cantara la Pitita, y hay motivos para creer que la cantó, aunque él lo niega en redondo. En medio del desconcierto de sus sentidos, tuvo conciencia del estado en que le habían puesto, y el decoro le sugirió la idea de la fuga. Echóse fuera del local pensando que el aire de la noche le despejaría la cabeza; pero aunque sintió algún alivio, sus facultades y sentidos continuaban sujetos á los más garrafales errores. Al llegar á la esquina de la Cava de San Miguel vió al sereno, mejor dicho, lo que vió fué el farol del sereno, que andaba hacia la rinconada de la calle de Cuchilleros. Creyó que era el Viático, y arrodillándose y descubriéndose, según tenía por costumbre, rezó una corta oración y dijo: «¡que Dios le dé lo que mejor le convenga!» Las carcajadas de sus soeces burladores, que le habían seguido, le volvieron á su acuerdo, y conocido el error, se metió á escape en su casa, que á dos pasos estaba. Durmió, y al día siguiente

como si tal cosa. Pero sentía un remordimiento vivísimo, que por algún tiempo le hacía suspirar y quedarse meditabundo. Nada afligía tanto su honrado corazón como la idea de que Barbarita se enterara de aquel chasco del Viático. Afortunadamente, ó no lo supo, ó si lo supo no se dió nunca por entendida.

III

Cuando conocí personalmente á este insigne hijo de Madrid, andaba ya al ras con los setenta años; pero los llevaba muy bien. Era de estatura menos que mediana, regordete y algo encorvado hacia adelante. Los que quieran conocer su rostro miren el de Rossini, ya viejo, como nos le han transmitido las estampas y fotografías del gran músico, y pueden decir que tienen delante el divino Estupiñá. La forma de la cabeza, la sonrisa, el perfil, sobre todo, la nariz corva, la boca hundida, los ojos picarescos, eran trasunto fiel de aquella hermosura un tanto burlona, que con la acentuación de las líneas en la vejez se aproximaba algo á la imagen de Polichinela. La edad iba dando al perfil de Estupiñá un cierto parentesco con el de las cotorras.

En sus últimos tiempos del 70 en adelante, vestía con cierta originalidad, no precisamente por miseria, pues los de Santa Cruz cuidaban

de que nada le faltase, sino por espíritu de tradición, y por repugnancia á introducir novedades en su guardarropa. Usaba un sombrero chato, de copa muy baja y con las alas planas, el cual pertenecía á una época que se había borrado ya de la memoria de los sombrereros, y una capa de paño verde, que no se le caía de los hombros sino en lo que va de Julio á Septiembre. Tenía muy poco pelo, casi se puede decir ninguno; pero no usaba peluca. Para librar su cabeza de las corrientes frías de la iglesia, llevaba en el bolsillo un gorro negro, y se lo calaba al entrar. Era gran madrugador, y por la mañanita, con la fresca, se iba á Santa Cruz, luego á Santo Tomás y por fin á San Ginés. Después de oír varias misas en cada una de estas iglesias, calado el gorro hasta las orejas, y de echar un parrafito con beatos ó sacristanes, iba de capilla en capilla rezando diferentes oraciones. Al despedirse saludaba con la mano á las imágenes, como se saluda á un amigo que está en el balcón, y luego tomaba su agua bendita, fuera gorro, y á la calle.

En 1869, cuando demolieron la iglesia de Santa Cruz, Estupiñá pasó muy malos ratos. Ni el pájaro á quien destruyen su nido, ni el hombre á quien arrojan de la morada en que nació, ponen cara más afligida que la que él ponía viendo caer entre nubes de polvo los pedazos de cascote. Por aquello de ser hombre no

lloraba. Barbarita, que se había criado á la sombra de la venerable torre, si no lloraba al ver tan sacrilego espectáculo era porque estaba volada, y la ira no le permitía derramar lágrimas. Ni acertaba á explicarse por qué decía su marido que D. Nicolás Rivero era una gran persona. Cuando el templo desapareció; cuando fué arrasado el suelo, y andando los años se edificó una casa en el sagrado solar, Estupiñá no se dió á partido. No era de estos caracteres acomodaticios que reconocen los hechos consumados. Para él la iglesia estaba siempre allí, y toda vez que mi hombre pasaba por el punto exacto que correspondía al lugar de la puerta, se persignaba y se quitaba el sombrero.

Era Plácido hermano de la Paz y Caridad, cofradía cuyo domicilio estuvo en la derribada parroquia. Iba, pues, á auxiliar á los reos de muerte en la capilla y á darles conversación en la hora tremenda, hablándoles de lo tonta que es esta vida, de lo bueno que es Dios y de lo ricamente que iban á estar en la gloria. ¡Qué sería de los pobrecitos reos si no tuvieran quien les diera un poco de jarabe de pico antes de entregar su cuello al verdugo!

A las diez de la mañana concluía Estupiñá invariablemente lo que podríamos llamar su jornada religiosa. Pasada aquella hora, desaparecía de su rostro rossiniano la seriedad tétrica que en la iglesia tenía, y volvía á ser el hombre afa-

ble, locuaz y ameno de las tertulias de tienda. Almorzaba en casa de Santa Cruz ó de Villuendas ó de Arnáiz, y si Barbarita no tenía nada que mandarle, emprendía su tarea para *defender el garbanzo*, pues siempre hacía el papel de que trabajaba como un negro. Su afectada ocupación en tal época era el corretaje de dependientes, y fingía que los colocaba mediante un estipendio. Algo hacía en verdad, mas era en gran parte pura farsa; y cuando le preguntaban si iban bien los negocios, respondía en el tono de comerciante ladino que no quiere dejar clarear sus pingües ganancias: «Hombre, nos vamos defendiendo; no hay queja... Este mes he colocado lo menos treinta chicos... como no hayan sido cuarenta...»

Vivía Plácido en la Cava de San Miguel. Su casa era una de las que forman el costado occidental de la Plaza Mayor, y como el basamento de ellas está mucho más bajo que el suelo de la Plaza, tiene una altura imponente y una estribación formidable, á modo de fortaleza. El piso en que el tal vivía era cuarto por la Plaza y por la Cava séptimo. No existen en Madrid alturas mayores, y para vencer aquéllas era forzoso apechugar con ciento veinte escalones, *todos de piedra*, como decía Plácido con orgullo, no pudiendo ponderar otra cosa de su domicilio. El ser *todas de piedra*, desde la Cava hasta las buhardillas, da á las escaleras de aquellas casas un as-

pecto lúgubre y monumental, como de castillo de leyendas, y Estupiñá no podía olvidar esta circunstancia, que le hacía interesante en cierto modo, pues no es lo mismo subir á su casa por una escalera como las del Escorial que subir por viles peldaños de palo, como cada hijo de vecino.

El orgullo de trepar por aquellas gastadas berroqueñas no excluía lo fatigoso del tránsito, por lo que mi amigo supo explotar sus buenas relaciones para abreviarlo. El dueño de una zapatería de la Plaza, llamado Dámaso Trujillo, le permitía entrar por su tienda, cuyo rótulo era *Al ramo de azucenas*. Tenía puerta para la escalera de la Cava, y usando esta puerta, Plácido se ahorraaba treinta escalones.

El domicilio del hablador era un misterio para todo el mundo, pues nadie había ido nunca á verle, por la sencilla razón de que D. Plácido no estaba en su casa sino cuando dormía. Jamás había tenido enfermedad que le impidiera salir durante el día. Era el hombre más sano del mundo. Pero la vejez no había de desmentirse, y un día de Diciembre del 69 fué notada la falta del grande hombre en los círculos á donde solía ir. Pronto corrió la voz de que estaba malo, y cuantos le conocían sintieron vivísimo interés por él. Muchos dependientes de tiendas se lanzaron por aquellos escalones de piedra en busca de noticias del simpático enfer-

mo, que padecía de un reuma agudo en la piedad derecha. Barbarita le mandó en seguida su médico, y no satisfecha con esto, ordenó á Juanito que fuese á visitarle, lo que el Delfin hizo de muy buen grado.

Y sale á relucir aquí la visita del Delfin al anciano servidor y amigo de su casa, porque si Juanito Santa Cruz no hubiera hecho aquella visita, esta historia no se habría escrito. Se hubiera escrito otra, eso sí, porque por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela; pero ésta no.

IV

Juanito reconoció el número 11 en la puerta de una tienda de aves y huevos. Por allí se había de entrar sin duda, pisando plumas y aplastando cascarones. Preguntó á dos mujeres que pelaban gallinas y pollos, y le contestaron, señalando una mampara, que aquella era la entrada de la escalera del 11. Portal y tienda eran una misma cosa en aquel edificio característico del Madrid primitivo. Y entonces se explicó Juanito por qué llevaba muchos días Estupiñá, pegadas á las botas, plumas de diferentes aves. Las cogía al salir, como las había cogido él, por más cuidado que tuvo de evitar al paso los sitios en que había plumas y algo de sangre. Daba dolor ver las anatomías de aquellos cobres

animales, que apenas desplumados eran suspendidos por la cabeza, conservando la cola como un sarcasmo de su misero destino. A la izquierda de la entrada vió el Delfin cajones llenos de huevos, acopio de aquel comercio. La voracidad del hombre no tiene límites, y sacrifica á su apetito no sólo las presentes, sino las futuras generaciones gallináceas. A la derecha, en la prolongación de aquella cuadra lóbrega, un sicario manchado de sangre daba garrote á las aves. Retorcía los pescuezos con esa presteza y doñaire que da el hábito, y apenas soltaba una víctima y la entregaba agonizante á las desplumadoras, cogía otra para hacerle la misma caricia. Jaulones enormes había por todas partes, llenos de pollos y gallos, los cuales asomaban la cabeza roja por entre las cañas, sedientos y fatigados, para respirar un poco de aire, y aun allí los infelices presos se daban de picotazos por aquello de *si tú sacaste más pico que yo... si ahora me toca á mí sacar todo el pescuezo*.

Habiendo apreciado este espectáculo poco grato, el olor de corral que allí había y el ruido de alas, picotazos y cacareo de tanta víctima, Juanito la emprendió con los famosos peldaños de granito, negros ya y gastados. Efectivamente, parecía la subida á un castillo ó prisión de Estado. El paramento era de fábrica cubierta de yeso, y éste de rayas é inscripciones soeces ó tontas. Por la parte más próxima á la calle, fuer-

tes rejas de hierro completaban el aspecto feudal del edificio. Al pasar junto á la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vió abierta y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada, y vió algo que de pronto le impresionó: una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante á la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía á tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfin, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueado de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agazajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego á su volumen natural.

Juanito no pecaba de corto, y al ver á la chica y observar lo linda que era y lo bien calzada que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

—¿Vive aquí—le preguntó—el Sr. de Estupiñá?

—¿D. Plácido?... en lo *más último de arriba*,—contestó la joven dando algunos pasos hacia fuera.

Y Juanito pensó: «Tú sales para que te vea el pie. Buena bota...» Pensando esto advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón encarnado y que se la llevaba á la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

—¿Qué come usted, criatura?

—¿No lo ve usted?—replicó mostrándosele.—
Un huevo.

—¡Un huevo crudo!

Con mucho donaire, la muchacha se llevó á la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

—No sé cómo puede usted comer esas babas crudas—dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

—Mejor que guisadas. ¿Quiere usted?—replicó ella ofreciendo al Delfin lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta, pero no; le repugnaban los huevos crudos.

—No, gracias.

Ella entonces se lo acabó de sorber y arrojó el cascarón, que fué á estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito, discurriendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible que dijo: *¡Fortunaaá!* Entonces la

chica se inclinó en el pasamanos y soltó un *yiá voy*, con chillido tan penetrante, que Juanito creyó se le desgarraba el timpano. El *yiá*, principalmente, sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al deslizarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas. Juanito la vió desaparecer, oía el ruido de su ropa azotando los peldaños de piedra y creyó que se mataba. Todo quedó al fin en silencio, y de nuevo emprendió el joven su ascensión penosa. En la escalera no volvió á encontrar á nadie, ni una mosca siquiera, ni oyó más que el ruido de sus propios pasos.

Cuando Estupiñá le vió entrar, sintió tanta alegría, que á punto estuvo de ponerse bueno instantáneamente por la sola virtud del contento. No estaba el hablador en la cama, sino en un sillón, porque el lecho le hastiaba, y la mitad inferior de su cuerpo no se veía, porque estaba liado como las momias y envuelto en mantas y trapos diferentes. Cubría su cabeza, orejas inclusive, el gorro negro de punto que usaba dentro de la iglesia. Más que los dolores reumáticos molestaba al enfermo el no tener con quien hablar, pues la mujer que le servía, una tal doña Brigida, patrona ó ama de llaves, era muy displicente y de pocas palabras. No poseía Estupiñá ningún libro, pues no necesitaba de ellos para

instruirse. Su biblioteca era la sociedad, y sus textos las palabras calentitas de los vivos. Su ciencia era su fe religiosa, y ni para rezar necesitaba breviarios ni florilegios, pues todas las oraciones las sabía de memoria. Lo impreso era para él música, garabatos que no sirven de nada. Uno de los hombres que menos admiraba Plácido era Guttenberg. Pero el aburrimiento de su enfermedad le hizo desear la compañía de alguno de estos habladores mudos que llamamos libros. Busca por aquí busca por allá, y no se encontraba cosa impresa. Por fin, en polvoriento arcón halló doña Brigida un mamotreto perteneciente á un exclaustro que moró en la misma casa allá por el año 40. Abriólo Estupiñá con respeto, ¿y qué era? El tomo undécimo del *Boletín Eclesiástico de la diócesis de Lugo*. Apechugó, pues, con aquello, pues no había otra cosa. Y se lo atizó todo de cabo á rabo, sin omitir letra, articulando correctamente las sílabas en voz baja á estilo de rezo. Ningún tropiezo le detenía en su lectura, pues cuando le salía al encuentro un latín largo y obscuro, le metía el diente sin vacilar. Las pastorales, sinodales, bulas y demás entretenidas cosas que el libro traía, fueron el único remedio de su soledad triste, y lo mejor del caso es que llegó á tomar el gusto á manjar tan desabrido, y algunos párrafos se los echaba al colete dos veces, masticando las palabras con una sonrisa, que á cualquier ob-

servador mal enterado le habría hecho creer que el tomazo era de Paúl de Kock.

«Es cosa muy buena—dijo Estupiñá, guardando el libro al ver que Juanito se reía.»

Y estaba tan agradecido á la visita del Delfín, que no hacía más que mirarle, recreándose en su guapeza, en su juventud y elegancia. Si hubiera sido veinte veces hijo suyo, no le habría contemplado con más amor. Dábale palmadas en la rodilla, y le interrogaba prolijamente por todos los de la familia, desde Barbarita, que era el número uno, hasta el gato. El Delfín, después de satisfacer la curiosidad de su amigo, hizo á su vez preguntas acerca de la vecindad de aquella casa en que estaba. «Buena gente—respondió Estupiñá;—sólo hay unos inquilinos que alborotan algo por las noches. La finca pertenece al Sr. de Moreno Isla, y puede que se la administre yo desde el año que viene. El lo desea; ya me habló de ello tu mamá, y he respondido que estoy á sus órdenes... Buena finca; con un cimiento de padernal que es una gloria... escalera de piedra, ya habrás visto; sólo que es un poquito larga. Cuando vuelvas, si quieres acortar treinta escalones, entras por el *Ramo de azucenas*, la zapatería que está en la Plaza. Tú conoces á Dámaso Trujillo. Y si no le conoces, con decir: «voy á ver á Plácido», te dejará pasar.»

Estupiñá siguió aún más de una semana sin

salir de casa, y el Delfín iba todos los días á verle ¡todos los días!, con lo que estaba mi hombre más contento que unas Pascuas; pero en vez de entrar por la zapatería, Juanito, á quien sin duda no cansaba la escalera, entraba siempre por el establecimiento de huevos de la Cava.